

# Solo entonces me retiraré



Suduwama es un hombre de la etnia Bisorio en Papúa Nueva Guinea. Durante su adolescencia confió en el Señor Jesús como su Salvador. Está casado con Hamagi quien también es creyente.



**Una noche cuando Suduwama era nuevo creyente,** caminó a la casa del misionero y tocó la puerta. El misionero ya se había acostado, pero se levantó a recibirlo. «Sólo quería decirte que el corazón de Dios –término Bisorio para referirse al Espíritu Santo– ha estado hablándome. Me dijo que desea involucrarme en compartir la Palabra de Dios con gente que nunca la ha escuchado. Es todo. Sólo quería que lo supieras». Suduwama se fue y el misionero volvió a acostarse.

**El suegro de Suduwama vivía a tres días de camino por la selva.** La gente en esa aldea no sabía nada de la Palabra de Dios. Así que Suduwama fue y estuvo allá por varias semanas. Enseñó a la gente las lecciones evangelísticas de la misma manera como había sido enseñado por los misioneros y guió a ese grupo al Señor.

Un día llegó donde el misionero pidiendo un tablero, explicó que la gente de esa aldea no sabía leer la Palabra de Dios y él quería enseñarles a leer. El misionero le proporcionó un tablero plegable, Suduwama lo acomodó en su espalda, tomó unas cartillas y volvió a la aldea. No era un alfabetizador, pero tenía el deseo de enseñar a la gente. Sus estudiantes aprendieron a leer y escribir el lenguaje bisorio. **Un par de meses después Suduwama visitó nuevamente al misionero,** sacó de su bolsillo todo el dinero que tenía y lo puso en la mesa. Mirando al misionero preguntó, «¿Cuántos Nuevos Testamentos puedo comprar con esto? Quiero repartirlos a la gente en las colinas». Al siguiente día, Suduwama retomó los tres días de camino por la selva, entregó a los creyentes los Nuevos Testamentos y volvió a su aldea.

En uno de sus viajes, Suduwama cargaba un puerco. Este puerco era un pago que debía dar a sus suegros. Su esposa Hamagi y sus dos pequeños hijos le estaban acompañando. Al descansar en la selva durante el camino, el puerco se le escapó. Pasó varias horas intentando recuperarlo

pero no le fue posible. Se hizo tarde, así que cazó un canguro de árbol para comer, pero se dio cuenta que no traía suficiente combustible para encender el fuego y la lluvia humedeció el bambú que podía servir como leña. Esa noche la familia se acostó sin comer. En la mañana, se dieron cuenta que un animal se llevó el canguro de árbol. Mientras tanto, su hijo mayor trepó a un árbol y se cayó. El resultado – un brazo roto. La familia, a pesar de todos estos inconvenientes no se dio por vencida. Ataron un palo a los dos lados del brazo del chico, lo envolvieron y siguieron el camino. Cuando llegaron a la aldea de los suegros, Suduwama revisó el brazo de su hijo, quitó los palos y no parecía roto. Dios sanó el brazo del chico. Estaban tan agradecidos, pero ese mismo día su hijo volvió a trepar otro árbol y volvió a caerse –se abrió la cabeza. Su suegro, y otra gente de la aldea al ver tantos inconvenientes sufridos vinieron a decirle, «¿Suduwama, por qué haces eso? ¿Por qué te mantienes viniendo vez tras vez por esa selva? ¿Por qué no te quedas seguro en tu aldea? Podrías hacer un bonito huerto. Puedes construir tu casa y vivir como los otros bisorios».

Suduwama contestó, «El apóstol Pablo nunca dijo que ser un evangelista sería fácil. El pasó hambre; pasó sed; fue golpeado por bandoleros. Yo no he pasado por nada parecido. No se supone que sea fácil. Hay un costo en servir al Señor. Cuando el corazón de Dios me hable y me diga que me retire, yo me retiraré. Mientras tanto, yo seguiré compartiendo Su Palabra con los demás».

Entonces la gente le dijo a la esposa, «Hamagi, no necesitas involucrarte en eso. Dile a tu esposo. Convéncele de que trabaje en el río extrayendo oro; así podrás tener un montón de cosas que no tienes ahora». Hamagi contestó, «No. El corazón de Dios no solo le ha hablado a mi esposo. Él también me ha hablado a mí. Cuando me diga que me retire, entonces se lo diré a mi esposo, pero no me retiraré antes de eso. 🌿»